

## Discurso de clausura del seminario “Haití: Experiencias de un desafío y lecciones aprendidas”\*

*General Juan Emilio Cheyre*

### *Documentos*

El ejército de Chile, desde una perspectiva académica y multidisciplinaria, ha estimado pertinente generar esta instancia de estudio, análisis y reflexión respecto a las experiencias obtenidas a raíz del despliegue de fuerzas en Haití.

Tal como lo señala el enunciado del presente seminario, el desafío propuesto para esta misión –el que de algún modo expresé el día 3 de marzo pasado en una de las primeras orientaciones que entregué al contingente que se trasladaba a ese convulsionado país– se resumía en: “No vamos a combatir a Haití, no vamos a apoyar a un bando u otro, no vamos a servir los intereses de una nación, de una potencia o de un sector, sino que vamos a contribuir a la paz, a esa paz que vemos en los medios de comunicación que está convulsionada y, esa paz, es el propósito de nuestra fuerza”.

---

\* Discurso pronunciado por el Comandante en Jefe del Ejército, General de Ejército Juan Emilio Cheyre Espinosa, el día 14 de julio de 2004, en la Academia de Guerra.

Tras ese desafío y transcurridos pocos días desde el regreso del Batallón “Chile”, que formó parte de la fuerza multinacional provisional para Haití, me asiste la convicción de que la misión fue cumplida cabalmente y, aún más, que se comprobaron en terreno las variadas y complejas tareas que demandó la primera fase de estabilización, destinada a generar paz y seguridad, posibilidades de futuro apoyo humanitario y crear las condiciones para pasar a la actual segunda fase de la misión, bajo la supervisión del Ministerio de Defensa Nacional y la Dirección de las Naciones Unidas.

Nuestra tarea se circunscribió a poner en práctica la debida planificación, propia del nivel político-estratégico, conjugando aquellos imperativos estratégicos derivados fundamentalmente del tiempo disponible y la operación, en un escenario que involucraba lógicos riesgos, dada la situación imperante en ese momento en Haití.

En esa fecha, la situación en Haití —y hay que decirlo, pues muchas de las condiciones subsisten— había surgido de la absoluta carencia de instituciones democráticas sustentadas en el tiempo. Adicionalmente, contribuía a la anarquía una inveterada de educación formal y cívica, como también un apoyo —otorgado a lo largo de décadas— en carácter de “Dádivas”, bajo la fórmula de ayuda humanitaria, al país más pobre del Hemisferio, ayuda repartida indiscriminadamente y sin base cierta para su distribución, al recibirla la población no demuestra mayor interés por trabajar y generar sus propios recursos, aunque por cierto, en un ambiente en que dadas las carencias es difícil hacerlo.

Permítanme dejar constancia aquí que el estado de la situación reafirma que: El terrorismo no es la única amenaza que enfrenta el mundo, pese a que sin duda es la más visible y de efectos más globales. En América Latina el terrorismo compite, en daños y peligros para nuestras sociedades, con la miseria, la inequidad, la droga, la falta de instituciones, la precariedad de la democracia, entre otros factores que impiden un desarrollo armónico basado en una situación segura y estable.

El cuadro de la situación exigió entonces una primera etapa orientada a respaldar el manejo de la crisis evaluada por las Naciones Unidas. Ello, en términos de aplicar lo dispuesto en el capítulo VII de la Carta de la organización, mediante lo cual resultaba factible estabilizar las acciones y así impedir futuros actos de agresión a una escalada mayor del conflicto.

Podemos resumirlo en evitar una guerra interna, una sangrienta confrontación entre connacionales, para generar la necesaria condición de seguridad para una posterior acción de largo aliento que lleve a enfrentar el problema de fondo, es decir, lo que estamos haciendo hoy.

A eso se orientó la acción de las fuerzas del ejército, de la cual se ha dado cuenta en esta jornada. Además del logro del objetivo a conseguir –seguridad, orden, y condiciones para un actuar futuro de mayor alcance– la acción estuvo marcada por un concepto básico: El respeto por la dignidad de las personas, el no actuar como fuerza de ocupación sino como fuerza amiga que con el pueblo haitiano y sus incipientes organizaciones, juntos, desarmáramos los espíritus y se iniciara la entrega del armamento en poder de diferentes sectores.

Lo anterior dio sus frutos reflejado en el reconocimiento al buen trato y a la comunicación otorgado por la ciudadanía haitiana, que contribuyó de manera importante al éxito de la misión, y posicionó a nuestra fuerza como operadores de paz creíbles y respetuosos de la cultura e idiosincrasia locales.

La capacidad de operar en concordancia con tres de los ejércitos más desarrollados del mundo; el conducirse bajo permanente amenaza; la solución de situaciones de alta presión ante factores fuera de control, y la consciente evaluación del riesgo, mediante la aplicación de la doctrina de “bajas cero”, nos lleva a valorar positivamente la inversión efectuada en sistemas de instrucción y perfeccionamiento especializado relacionados con este tipo de operaciones internacionales, en términos de eficiencia y de eficacia.

La modernización y transformación del ejército –el requerido en el siglo XXI– ha pasado su primera prueba y, ¡antes de lo que nadie hubiese previsto! Con satisfacción vemos que los cambios han ido en la dirección correcta, una “arquitectura” funcional, interoperatividad, multifuncionalidad, entrenamiento, estándares de dominio en capacidades militares; de idiomas; conocimientos específicos en materias de derecho, comunicaciones y otros, al cual hemos dirigido nuestro proceso, han demostrado ser adecuados.

El ejército de Chile es una fuerza capaz de operar conforme lo requiera el Estado a través de la decisión de sus autoridades, con una interacción coordinada por el Ministerio de Defensa, asesora-

do por el Estado Mayor de la Defensa Nacional, y la activa participación de la junta de comandantes en jefe con una clara visión conjunta, interoperativa y de carácter político-estratégico con vínculos entre los Ministerios de Defensa y de Relaciones Exteriores.

A raíz del cronograma previsto por las Naciones Unidas para cumplir con el establecimiento de la paz en Haití, nos vemos ahora enfrentados a un cambio de fase, materializado por el nuevo mandato que establece la misión para la estabilización de Haití (*Minustah*), que también nos plantea una serie de experiencias y desafíos.

Lograda la situación de estabilización de la situación, en cuanto a orden interno y creciente normalización de las condiciones de vida de la población de Haití, el ejército procedió al traspaso de la misión a nivel ministerial, es decir, al Ministerio de Defensa Nacional y su órgano de coordinación, el Estado Mayor de la Defensa Nacional. Por tanto, estamos hoy cumpliendo una función distinta.

En ella proveemos el personal y medios de función de apoyo, pero con las consiguientes diferencias particulares:

- El mando recae en las Naciones Unidas.
- La coordinación de las actividades necesarias de realizar se ejecuta, en lo que corresponda a la fuerza, por conducto del Ministerio de Defensa Nacional y, en lo que corresponda a la necesidad de incorporar a esta misión otras tareas que beneficien el restablecimiento político y social de Haití, por conducto del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Los desafíos previstos para esta nueva misión estarían en directa relación con el carácter humanitario que ha tomado la tarea, los cuales también formarían parte, a mediano y largo plazos, de los ciclos lógicos marcados por el desarme, la desmovilización y la reinserción, como procesos matrices de reconstrucción de la paz previstos por las Naciones Unidas.

Con satisfacción observamos que dicha organización internacional ha designado una autoridad civil de alto nivel y preparación. Es vital no solamente su actuar sino que el compromiso de quienes han designado al Embajador Valdés para con toda la fuerza de las organizaciones multinacionales y la de los países de mayor poder –que físicamente han abandonado el área– concretar un

apoyo efectivo a una misión, tal vez la más compleja de este carácter que podría concebirse en la actualidad.

La historia de las intervenciones en Haití pareciera indicar que el desafío –al que nos convoca este seminario– es que la nueva fase que se ha iniciado apunte a un objetivo hasta ahora no logrado en Haití. En efecto, éste pareciera ser encontrar un fórmula que se oriente a la verdadera solución; más profunda y de carácter cultural. Se trata de modificar la forma de vida de un pueblo que, a diferencia de las demás sociedades fundamentadas en los valores propios de occidente, ha decaído progresivamente y seguirá haciéndolo, en la medida en que la comunidad internacional sólo logre acuerdos para desarrollar acciones destinadas a la ejecución de actos electorales –de dudosa legitimidad, por la falta de registros y control–; conseguir reformas políticas parciales; crear una voluntad política –artificial en la limitada dirigencia política–; estructurar fuerzas de seguridad policial –de incierta integración, politizadas y de nula efectividad.

¿De qué se trata entonces? Nos parece que es lo que esperarían el Embajador Valdés, las organizaciones internacionales y todos los que estamos en esta tarea. A mi juicio se trata de una secuencia de actividades para lograr un Haití renovado que, en lo inmediato, se enmarcaría en los siguientes aspectos:

- Restablecimiento definitivo del orden y restablecimiento de la confianza.
- Reconstrucción de servicios, instituciones y reubicación de profesionales y técnicos. Entre ellas, una policía profesional, confiable y enmarcada en un actuar basado en la ley.
- Funcionamiento de los entes públicos y privados.
- Materialización del estado de derecho y de la participación de la sociedad civil de Haití.
- Desarrollo de una cultura que haga compatible la idiosincrasia haitiana con las particularidades de la región del mundo –el Caribe y América Latina– a la cual pertenece geográficamente.
- Creación de una economía que genere trabajo, oportunidades y dignidad.
- Generación de una nación y desarrollo del concepto de cohesión social y participación ciudadana.

En consecuencia, no obstante los logros obtenidos por el componente militar, la situación de Haití nos deja en una incógnita difícil de prever en cuanto a una solución político-social definitiva. Para ello resulta esencial que los organismos internacionales asuman su responsabilidad, en cuanto al compromiso con la causa, por un país que, al parecer, podría tener en esta oportunidad una nueva y real posibilidad de reencontrar su unidad y capacidad como Estado-nación. A ese compromiso, además, es imperativo que coadyuven las potencias y países que se han retirado materialmente, o que nunca han estado allí. Importante es el aporte de los llamados “donantes”. ¡En suma, esta es una tarea de muchos!

Finalmente, y como cierre del presente ejercicio académico, quisiera expresar que tras el conjunto de lecciones aprendidas, nos reconforta poder tener la oportunidad de ser partícipes de un proceso que nos permite proyectarnos internacionalmente en beneficio de los intereses de Chile en el continente, lo que reafirma su vocación de integración y cooperación.

Termino manifestando mi esperanza de que si todos aportan lo suyo –especialmente las organizaciones internacionales, las potencias y el propio pueblo haitiano– esta puede ser la ocasión de cambiar su tendencia a ser un Estado “fallido” e “intervenido”.

Reafirmo mi fe, porque vi y conozco lo que nuestros soldados constataron en terreno. El pueblo de Haití, especialmente sus mujeres, son una nación con ilusiones y sueños; su población es alegre y creativa. Existe una natural habilidad para expresar la belleza y el arte; la tierra puede producir si se construyen redes viales y si se mejora la infraestructura. En fin, no puede el primer país en declarar su independencia en América Latina y mantener su crítica situación. ¡No merece ser nuevamente fallido ni menos intervenido!

Creo que ha llegado el momento de que Haití encuentre una digna posición en el siglo XXI. ¡Para ello no están solos! Nuestro ejército siente el orgullo de haber contribuido al inicio de una solución verdadera a un problema endémico. Chile lo resolvió y ha demostrado con creces su compromiso más allá de lo militar.

Tenemos la esperanza de que la fase en desarrollo y las venideras serán asumidas con voluntad y creatividad, para que –al más breve plazo– los haitianos sean hombres, mujeres y niños con esperanza, que sus sueños sean realidad y que disfruten de la felicidad a la cual todo ser humano aspira.